

# Alerce

Año 6, N° 53, enero de 2018. Director: David Hevia

## Un eco del invierno

*“Yo había comprendido hace muchos años que no hay cosa en el mundo que no sea germen de un infierno posible”.*

BORGES

Cegado por la luz del amanecer, el hombre miraba desde el puente el triste avance del río. Parecía un mendigo cualquiera; uno de los muchos que pululaban por la ciudad rumiando la pobreza en el mundo, pero en sus ojos había una pena antigua, como un moho que adhiriera su memoria a un solo momento ineludible. Sus manos apretaban contra el pecho un bulto que se esmeraba en ocultar; sus ojos se perdían en el vaivén del río invernal, como si una magia o un canto oscuro lo embrujasen. Con el corazón prisionero, abandonó aquel puente donde los signos comenzaron a llamarlo.

El miedo lo había llevado a la calle aquella jornada, como tantas otras: con prisa buscaba madera y ladrillos para animar el fuego que alejaba el corazón de su mujer del frío, la lluvia y los recuerdos. La cosecha había sido pobre, pero de repente esa noche le regaló un misterio. Aturdido por la mixtura de luces y sombras de las calles, creyó hallar una indescifrable oscuridad sobre la acera de un pasaje. Al principio no pudo ver más que formas extrañas, mas de pronto una de ellas apareció ante él, como un fantasma. Emocionado, el hombre la puso en el carro de supermercado que lo acompañaba todas las noches y apresuró el paso con el miedo a su espalda, porque el invierno no se había olvidado de él.

Cuando la encontró, la mujer ignoraba por completo la pobre hoguera que ardía bajo la sombra de un puente y su tamar. El río, a cada minuto más fuerte, la hipnotizaba con su música. Era como si ambos, río y mujer, hablaran un lenguaje distinto, con palabras indescifrables, haciendo de ese idioma algo inasible para el resto del mundo. Al encontrarla envuelta en ese embrujo, el hombre la miró con ternura pero también con tristeza; la distancia se imponía entre ellos y los separaba desde hacía tanto. Por eso corrió a ella con alegría, creyendo que su regalo la ayudaría a despertar de aquella pesadilla que la ahogaba por tanto tiempo. Quizás ahí pensó, está la llave para sacarla de este encierro. Tomó el

pequeño bulto que había encontrado antes, envuelto con delicadeza en el chaleco, y se le acercó.

Cuando la mujer lo vio, su primera reacción fue de muda sorpresa; luego, sus ojos encontraron los de su marido, llorando y riendo al mismo tiempo: entre los pliegues del chaleco raído, halló la clara imagen de un bebé dormido. Lo encontró al fin, dijo el hombre, y lo traje para que lo cuides. Ella, rebasada de sorpresa y amor, explotó en una súbita risa que se trenzó al llanto feliz que la desbordaba toda. Algo se había derretido dentro suyo; la primavera le estalló dentro del pecho. De inmediato dijo que no era sitio para una madre y su hijo, que el niño podría resfriarse bajo ese puente tan húmedo, que había que salir de ahí. Llamó al niño Nicolás y, casi como por instinto, repugnó al río y su nostalgia. El hombre tuvo un leve temblor al oírlo, pero no dijo palabra alguna. Entonces huyeron, él con el carro y los pocos bienes que tenía; ella, con la felicidad entre los brazos.

Ambos pasaron los días con Nicolás, a veces acostado en el carro que se improvisó como cuna, mas casi siempre era la mujer quien lo tenía en su regazo, mimándolo y protegiéndole del frío. Cada vez que ella lo mecía, el hombre creía ver sus brazos vacíos, acunando la nada, pero no lograba descifrar el porqué. En raras ocasiones paseaban con su hijo por el parque para que ella le mostrara las fuentes y las plantas y las luces como si le enseñase el mundo, regocijándose en su rostro, sin percatarse de las gentes que la ignoraban como si no fuera más que un fantasma sin esperanza. El hombre miraba a los suyos con amor y orgullo, mientras abominaba de los malditos diciéndose que nadie, ni siquiera la verdad, tenía el derecho de robarles la alegría.

Así pasó para él y para el mundo, la sombra de dos días. A ratos, miraba a su mujer y su niño y creía que aquellos tiempos felices llegaban para colmarlo al fin. A ratos, sentía que ya había vivido ese momento, que todo formaba parte de un paisaje repetido, pero la alegría lo nublaba hasta ennegrecerlo. A ratos imaginaba un tiempo donde la calle dejaba de ser la casa y la pobreza no era otra cosa que un mal sueño, que Nicolás había vuelto para tranquilidad de sus vidas, pero también había algo que le apretaba el pecho. ¿Un presagio? ¿Un recuerdo? Un sonido lejano, impreciso pero a la vez conocido, crecía para atormentarlo. Pero decía estar bien: a veces su mujer abrazaba al niño y a él con ciega vehemencia, como si le agradeciese el regalo en la profundidad de su caricia. Los recuerdos eran solo una pesadilla disfrazada de invierno y ya ninguno

atendía a su propio miedo, al pavoroso eco de su destino.

Pero la última noche, los signos se presentaron ante él: estaba atareado en la búsqueda de comida cuando de pronto oyó el claro grito de un pájaro; recordó vagamente a otro igual de otras mañanas iguales y sintió un temor tan súbito como igual a otros. La sombra negra de aquel espectro rasgó el cielo y cayó en la cuenta de que ya despuntaba el alba; de pronto, unas leves gotas anunciaron la lluvia. La memoria volvió entonces a una mañana muy distante y sin embargo muy clara; el corazón se le detuvo de miedo. Corrió al refugio donde la mujer y el niño lo esperaban y no encontró otra cosa que una cama vacía. En el corolario de gritos, insultos, preguntas y respuestas incoherentes, la voz imprecisa de un hombre impreciso le dijo que una mujer y su hijo habían salido poco antes y supo entonces que lo había alcanzado el invierno. Traspasó el frío de aquellas horas con prisa e intuyendo el espanto se precipitó hacia el puente. Hacia ella.

Aquí la encontró, apoyada en la baranda, mirando el río violentado por la lluvia, las manos pálidas y trémulas formando una cuna, embrujada en el rugido del agua feroz. Pero la cuna estaba vacía. El río se había convertido en la herida por donde la ciudad y él se desangraban. El día se aclaró de súbito. Comenzó a llover y se vio de nuevo sumergido en aquella jornada monstruosa. Frente a él estaba la mujer, pálida y desencajada, los ojos hechizados por el río y su música mortal. Él preguntó con terror.

—Rosa, ¿y el niño? ¿Dónde está el Nico?! Y entonces oyó un susurro que traspasó todos los espacios, suave y sin embargo imponente ante todo sonido. La voz cantaba con tristeza el río, el río, y el hombre lo entendió todo. Nublado de odio, se abalanzó hacia ella, hasta que el grito de su mujer cayó por el puente y se fue a ahogar en la locura, aguas abajo. Se derrumbó y estuvo a punto de buscar el mismo destino hasta que vio el chaleco vacío en el piso y la pesadilla recomenzó. De nuevo fue el alba quebrándose; de nuevo encontró el rostro de su hijo, sonriente a pesar de la lluvia. De nuevo, lo tomó para buscar a Rosa y en ella la felicidad, en aquellos días de frío y tristeza.

¿Cuántos días habrán pasado así? ¿Cuántas jornadas y episodios repetidos? Nadie nunca lo supo. Cualquiera que vea a aquel hombre en ese puente, acunando la nada entre sus brazos, miraba a alguien cada vez más viejo y gastado, parado a la misma hora cada tres días, como esperando un signo. No podrán saber que en ese puente oxidado, en ese rincón olvidado del tiempo, un hombre vagaba perdido por un pasillo del infierno.

Felipe Marilao



## Clase magistral

Nunca quiso tener hijos, ser esposa, ser virgen, ni mártir.

Sentada en el salón de honor de la universidad que había sido la suya, miraba desde la testera como el público iba llenando el lugar, la conciencia de que iban para oírlo la halagaba, pero al mismo tiempo la llenaba de dudas.

La responsabilidad sobre sus afirmaciones, más allá de su peso académico, podría incidir sobre las vidas de sus oyentes, tal vez, como en su juventud en ella, el pensamiento de sus maestras.

Eugenia había hecho elecciones en la vida, y no era casual que estuviera en esa posición aquella noche.

Entre el público Marcia, profesora de la Facultad de Humanidades, se acomoda procurando pasar desapercibida.

No es nuevo, su vida entera ha sido un camuflaje de sobrevivencia.

Bordeando la cincuentena, Marcia hace año tras año los mismos cursos, navega por los autores más calmos, muestra a los estudiantes las teorías desde un punto neutro, sin aventurar una elaboración propia.

Sus aspiraciones, en su pequeña oficina de la universidad, son seguir ahí hasta la jubilación, y no tener sobresaltos en la vida.



Sin embargo, la clase magistral de la profesora Eugenia Véliz ha venido a desestabilizar su mundo.

Primero fue el anuncio de que la conocida académica vendrá en otoño, el asunto aunque lejano, se incrusta en su pensamiento, y como un tumor, creció con los meses, al punto en que la noche previa a la charla no pudo dormir.

Se habrá tranquilizado a sí misma, pensando que en realidad bastaba con no asistir, pero era una mentira.

Sabía que iría a verla.

El salón ya está lleno, las presentaciones de rigor se suceden, el Decano hace un discurso en que repasa las contribuciones de la profesora Véliz a la filosofía, menciona sus libros más relevantes, y desde luego enuncia los principios básicos de su teoría sobre la libertad y el ser.

Los estudiantes murmuran expectantes cuando Eugenia toma la palabra y comienza su exposición, es un hito ver a una autora que es cita obligada, y que hace décadas no venía a su país.

La voz transporta a Marcia a otro tiempo, recuerda cuando ambas eran compañeras en la universidad, entonces Eugenia ya sostenía en germen las ideas que ahora desarrolla, sin miedo las expone a los profesores, que en su mayoría las rechazaban de plano.

Eugenia Véliz habla con soltura, convicción, su mirada se pasea por el auditorio, allí hay varios profesores con lo que ha sostenido correspondencia y que ahora conocerá en persona, algunos otros mayores, que le hicieron clases, y que seguro la recuerdan como un dolor de cabeza.

Mientras habla examina los rostros de los alumnos, la nostalgia de su propia juventud la distrae por un segundo, y entonces ve a Marcia en la penumbra del salón.

Nada sabía de ella en años, desde luego era probable que estuviera haciendo clases ahí pero nunca había leído nada de ella, ni la habían mencionado otros profesores, pero claro, estaba ahí Marcia queda congelada, siente la mirada que la examina, piensa en retirarse, pero le parece infantil y además teme llamar la atención.

El salón es el mismo en que Eugenia dio su examen de grado, ella recuerda que entonces Marcia estaba, igual que ahora, en un rincón.

Ella había defendido ante la comisión sus puntos de vista, Marcia mientras estudiaban, le había rogado que no lo hiciera, que podrían reprobarla, pero finalmente tras la deliberación había aprobado.

Luego, al retirarse la comisión, habían quedado largo rato a solas hablando.

Eugenia remata su exposición de manera magistral, los aplausos se suceden por la entrega de una distinción, las autoridades y alumnos rodean a la homenajada, mientras de lejos Marcia observa.

Recuerda que entonces, Eugenia postulaba a una beca a Europa, al menos dos universidades podrían aceptarla, y le proponía que partiera con ella. No aceptó.

Marcia argumentaba que quería hacer una carrera en la universidad, reconocimiento, oportunidades que la inevitable discriminación le iba a cerrar.

La gente va dejando el salón, la profesora Veliz avanza con el Decano hacia el vino de honor, saluda amable a todos, Marcia se mantiene a distancia.

Toman fotos, Eugenia toma con delicadeza del brazo a una joven europea que sigue al grupo, la pone a su lado en la toma para el diario, los alumnos comentan que es la pareja de la profesora Véliz.

Marcia se pierde en un pasillo de la universidad.

**Paulina Correa**

## Carta a un patrón de fundo

Pido mil perdones a lectores sensibles porque no acostumbro señalar a alguien de cierta nombradía para un reproche moral o literario. Pero represento a ese cuento de Baldomero Lillo, titulado: “Quilapán”. Estremecedor relato que deja en cueros a un dueño tradicional de fundo, que trata en forma inhumana los derechos del inquilino heredero ancestral de un pedazo de tierra. Pero, a más de cien años de tal historia, restan amplias zonas de oscuridad social.

Se repite también majaderamente la artificiosa subdivisión de los escritores; ya sea por

género literario o por grado de madurez en las formas. A eso apuntan estas líneas.

Estas personas que ensayan sus primeras creaciones acuden a talleres y muestran sus páginas incipientes para recibir lecciones; o dichas páginas las suben a internet, o publican en la primera revista o “antología” accesible. ¿Alguien puede reglar, o identificar, honestamente, la calidad de dichos escritos? Se habla de “calidad” (René Huyghe) en las letras, en las artes plásticas, en la música y en otras manifestaciones del espíritu. Pero nadie puede desechar la página de un creador que aún no adquiere la maestría, la experiencia necesaria.

La Revista Literaria Huelén (1980-1984) fue una experiencia editorial que en un principio no cayó en gracia a Martín Cerda, guá del taller homónimo. La idea fue que los trabajos fueran previamente revisados en espera de las colaboraciones exteriores, de los maestros nacionales (y a veces internacionales). Y fue catalogada como la mejor del país según la prensa mayor. Cerda colaboró hasta el final pues observó que los editores (Paz Molina, Ramón Camaño, Jorge Calvo, Edmundo Moure y quien escribe), se mantenían en segundo plano. Si hasta Jorge L. Borges colaboró. La revista nunca aceptó “puntales” económicos y sobrevivió por sus propios méritos con la bandera en alto.

En estricto sentido se pudo hablar de originales en preparación (al comienzo) pero nadie tuvo derecho a decir que un texto era malo. Y, de yapa, que es malo y que da risa cómo escribe un novato.

El escritor “consagrado”, al que aludiremos, fue también director de un taller literario en Santiago (hay gente que lo recuerda), era bastante caro y posiblemente beneficioso para las partes. ¿Alguien allí tomaba para la risa los trabajos inéditos que se leían semana a semana en aquellas instancias?

Una reflexión no menor que tiene relación con el pensamiento político variable del escritor en el estrado, lo ilustra Rafael Vallejo en “La estafeta literaria”, de Madrid (28.07.80, El Mercurio, p.E5), expresa: “En rigor, a pesar de su autoproclamado izquierdismo, Edwards fustiga a toda la izquierda, excepto, naturalmente, a sí mismo”. Ahora, como lo dijo Roberto Ampuero (telefónicamente a quien escribe): “Todos tenemos derecho a cambiar de ideas”. Pero muy distintos son los arranques de soberbia y desdén para referirse como patrón de fundo a una plataforma natural de congéneres.

“Olvidados” se titula la página 11 de la revista “Lecturas” (octubre 2012), que descubrí hace poco, editada por el Diario El Tiempo, de Bogotá. Muchas y desarrolladas visiones culturales. “Olvidados” se refiere a los escritores que se han perdido en el tiempo y/o que han tratado de ser famosos (medida asaz caprichosa) y no lo han logrado; o que no han producido obras perdurables. Y que, por último, nadie los lee; fenómeno que no tiene nada de deshonoroso ni explica nada.

En dicha página colombiana se lee: “Los escritores que luchan por ser conocidos y recordados, los que difunden por internet la menor de sus producciones, los que corren y sudan la gota gorda, me dan un poco de risa, no me infunden verdadero respeto”.

Este comentario de un escritor “famoso” recuerda nfidamente la actitud de un dueño de fundo cuando critica el esfuerzo de un trabajador subalterno. Es la enfermedad de una clase insensible que ha hecho tanto daño a nuestra sociedad colonialista y anti mapuche. Así tenemos gente de apellidos, de cuello y corbata, que en su escalada no titubearon en robar y asesinar (Escuela Santa María, asalto a la Fech, matanza de Ranquil, El Salvador, Pampa Irigoin). Si hay un Supremo, que nos asista!

Época colonial en pleno final del siglo XX con otras matanzas sin nombre (probablemente conocidas por nuestro lúcido personaje).

El autor de dicho infundio fue, a su vez, un joven arribista que después de decirse poeta, de fracasar como poeta, renunció a esa orden secreta, íntima, que provee con naturalidad a una persona del don de la imaginación y de la sagacidad intuitiva; es decir, son seres tal vez memoriosos, cazadores de datos e informaciones para elaborar páginas bien redactadas. “Un francotirador intelectual”, especifica adecuadamente un artículo en Cosas (31.08.78, p.28). Este personaje cita mucho a James Joyce pero nunca averiguó por qué escribió dicho inglés y qué autoexigencias tenía. En cambio, el personaje chileno que nos preocupa perdió la memoria de su propia sombra: hizo lo posible por ser incluido en una famosa antología. Lafourcade dijo de aquel: “Capacidad de representación ingenua y poética del mundo” (“Antología del nuevo cuento chileno”, Zig-Zag, 1954, pág. 95.). Este autor recogido, maltratado por jesuitas, es el mismo que publicó un par de cuentos y una débil novela de iniciados. Es el mismo que escaló páginas en revistas mexicanas, el que se abrazó a Paz; el mismo que escaló cargos diplomáticos (abominó de Allende), fue expulsado de Cuba (tal vez como agente secreto), escribió la novela sin pies ni cabeza “Persona non grata” y que nuestro Ignacio Valente (El Mercurio, 03.09.83) la ocupara diciendo; “... breve y conflictiva estada en Cuba”, y calara su nota analítica. Para la historia: más de medio siglo el fidelismo evitó que la isla fuera ocupada y prostituida por los norteamericanos (tal vez habría sido la 49 estrella).

De la antología ya mencionada, extraemos al menos 8 o 9 nombres de autores que nadie recuerda.

Es don Jorge Edwards Valdés, 1931, con todos los méritos, quien escribe hoy atinadamente pero a quien le da **risa los que se inician en el oficio** y aspiran a publicar sus trabajos. Es el mismo señor Edwards que publica su “chiste”, que no tiene nada de ironía y sí de mucha crueldad, en dicho diario colombiano para dejar en claro que él ocupa un distinguido sitio en las letras, en las grandes editoriales, en la diplomacia internacional y en las cortes de nobleza que perviven de impuestos y regalías (si no de oscuros negocios). ¿Por qué no funda su creencia de castas en su propia patria?

### H. Ortega-Parada

Imagen de la página anterior: *El viejo puente Bellagio, de Leonid Afremov. Abajo: Un placer de la tarde, de Carl Leopold Müller.*

